

**Tapias**, por Eduardo Carrera

La primera sorpresa es la actitud que tiene Tapias de ser un libro, quiero decir un objeto que ocupa espacio, tiene un peso, que hay que mudar al cambiar de casa. Un libro es un dispositivo que permanecerá la mayor parte del tiempo inútil. Pero lo peor es que editar un libro de autor o de artista ahora es un gesto más riesgoso. Algunos libros que hubieran pasado sin pena ni gloria, ahora son impostados, resultan innecesarios, o, peor, sobreactuados. Porque aquello que salta de aquí allá en las redes a veces se vuelve intenso al pasar al libro. Se hace solemne.

Pero Tapias es, o al menos así lo siento, un libro en el que conviven con naturalidad cosas que en otro contexto se expulsarían. Tapias, con su nombre de sonoridad austera, su ligero perfume a humedad y extranjería, es un libro desconcertante. La soberbia de su gramaje, su presencia cosida a mano, no ceden a la arrogancia, porque no irrumpen, se entregan. Se deslizan hacia los ojos con los que van a encontrarse.

No creo que se trate de un libro de palabras y fotografías sino de algo más, una tercera cosa que se construye a partir del roce y la fricción. Les prometo que al recorrer sus páginas no van a asistir en ningún momento a ese paso en falso en que la foto ilustra y el texto explica. Tapias parece hecho para desarmar los automatismos de la interpretación.

Tapias es un cuenco inmóvil en el que cabe el tráfico de la existencia. Tapias cree que en los trazos del pasto dulce hay un pulso que nos late, nos desgasta y nos sobrevive. La fe necesita del desconcierto, incluso de la desesperación, ¿de dónde pensamos que obtiene la fuerza para sostener el mundo?

Tapias habla de la caída de unas cuantas paredes. Hasta el recurso de la fotografía analógica aparece como una opción libre, más plástica que técnica, sobre todo conceptual. Sospecho que ha sido fundamental la postergación de la certeza, quiero decir la ignorancia acerca de si la flecha ha dado o no en el blanco. La fotografía digital incita a perseguir la imagen disparando; la torpeza del rollo nos devuelve a las intuiciones y los pensamientos.

Hubo una vez un tiempo en el que la fotografía era una práctica delimitada, un oficio confortable lleno de certezas y también de desconfianza. En ese viejo mundo las palabras debían estar alejadas de las fotografías. Como si pudieran contaminarlas. Las fotografías solían llamarse Sin título porque nombrar una foto para muchos era una traición o, peor, una falta de fe. La foto debía valerse por sí misma. Para que se entienda, reencuadrar un negativo era una decisión sospechosa. Cualquier otra cosa que no fuera la foto pura y dura tal como fue parida, el fragmento santificado de materia y vida, podía ser visto como hacer trampa. Y de pronto un montón de desconocidos tomaron la fortaleza por asalto. Menos mal. Después de un tiempo en lo que creímos era tierra arrasada nos preguntamos si no era al revés. ¿No habían las fotos invadido todo lo demás? La fotografía había cruzado las últimas fronteras al confundirse con todo tipo de lenguajes, soportes y experimentos de sentido. Tapias no sólo es contemporáneo por participar de esa fiesta. Lo es porque no pretende ser definitivo ni hacer pie en lo absoluto. Este hermoso pequeño libro es un pormenorizado mapa para llegar a ninguna parte. Las pistas conducen a algo que siempre está en otro lado. Como si el único tesoro posible fuera rodear, sospechar, perseguir el sentido de estar aquí, ahora.